



Los bancales en la sierra riojana: UN PAISAJE CON MEMORIA

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS: Teodoro Lasanta Martínez

Muchas montañas del mundo se cultivaron mediante bancales o terrazas. Su construcción y mantenimiento consumió mucha energía, dando lugar a culturas basadas en el aprovechamiento complejo y cuidadoso del paisaje. Hoy, casi todos los bancales se han abandonado y sufren procesos de erosión y revegetación, amenazando con arruinar el esfuerzo de los serranos durante los siglos pasados.

Bancales en la Garganta del río Leza.





Los paisajes rurales son el fruto de milenios de gestión de agricultores y ganaderos. En este largo proceso, muchas laderas de montaña fueron deforestadas para ser anexionadas lentamente a los paisajes agrícolas. Algunas de esas laderas se cultivaron tras la construcción de bancales o terrazas de cultivo, unas estructuras que muestran el ingente esfuerzo humano para alimentar a los serranos y que nos informan, además, de la organización del territorio en el pasado y de una sociedad, transida de pobreza, que luchó a la desesperada contra la vegetación y las pendientes para obtener una compensación exigua.

Los bancales son estructuras construidas en las laderas para favorecer la infiltración del agua, mejorar las condiciones del laboreo agrícola y controlar la erosión del suelo. El modelo más perfecto y más valioso de terraza consta de un rellano (o faja de cultivo) y un salto o escarpe casi vertical protegido con un murete de piedras (generalmente sin cemento), hierba, matorral y, en contadas ocasiones, árboles aislados. La pendiente general de la ladera hace que el salto o el murete alcance una altura de pocos centímetros o de varios metros y pueda tener una disposición continua o discontinua. Las fajas son más estrechas cuanto mayor es el desnivel de la ladera, mientras que en vertientes más suaves el rellano de cultivo se amplía, la accesibilidad mejora e incluso admiten su trabajo con tractor.

Ocupan frecuentemente laderas enteras, descomponiendo la pendiente en una sucesión de rellanos y escalones, al modo de peldaños

Los bancales son estructuras construidas en las laderas para favorecer la infiltración del agua, mejorar las condiciones del laboreo agrícola y controlar la erosión del suelo

de una escalera, que transforman la topografía y la distribución del suelo. En su parte interna, la terraza cuenta con un suelo muy delgado que favorece la saturación y el encharcamiento temporal del agua, mientras que hacia el borde externo el espesor del suelo es mayor. Lejos de los pueblos las terrazas no suelen ser totalmente llanas sino ligeramente pendientes. Con frecuencia, los bancales se adaptan a la topografía, a los afloramientos rocosos y a la red hidrográfica, creando una especie de laberinto con parcelas de distinto tamaño y forma que dibujan un paisaje fragmentado y de alta heterogeneidad.

Los suelos acumulados durante cientos de años en los bancales fueron la base para la subsistencia económica y el florecimiento de culturas ancestrales en la cordillera de los Andes, en el Himalaya, en el Asia monzónica, en Oriente Próximo y en los países del Mediterráneo. Los bancales siguen siendo funcionales en numerosas montañas, procurando alimentos a sus cultivadores; en otras, como en las de los países del Mediterráneo Norte, ya no son necesarios para producir alimentos y han perdido sus funciones tradicionales de producción y de conservación. Pero continúan formando parte esencial del paisaje, como ocurre en muchas laderas de La Rioja, donde los bancales dibujan paisajes que conservan la memoria de nuestra tierra.



LOS BANCALES EN LA RIOJA: UN PAISAJE CONSTRUIDO

Los bancales se construyeron para alimentar a la población riojana con el cultivo de cereales (menor importancia tuvo el cultivo de almendros, olivos, viñedos y hortalizas). En La Rioja, laderas abancaladas pueden contemplarse en la cuenca de San Vicente de Munilla, Peroblasco, las estribaciones de Peña Isasa, Las Ruedas de Enciso, el municipio de Soto (especialmente en la Garganta del Leza), Hornillos, Cornago, Almarza...

Los bancales de la sierra riojana fueron construidos por los agricultores cuando el ciclo de la cosecha permitía una menor dedicación a las tareas agrícolas. Los muretes se construían con material ubicado en las proximidades del bancal (lo que servía además para limpiar el campo de piedras) o traído desde terrenos próximos, razón por la que su integración con el entorno es notable. Lo habitual es que el murete esté formado por piedras sin tallar, aunque en los más perfectos (pocos) contaban con piedras talladas en bloques irregulares de los que la cara expuesta al exterior se encuentra labrada. La cohesión del muro se conseguía sin utilizar ningún tipo de argamasa, solo por el contacto entre las piedras, que se incrementa a mayor superficie de contacto. La parte interior del muro solía rellenarse en la parte inferior con piedras de menor tamaño, procedentes a veces de los restos generados en la construcción; la parte superior se rellenaba de tierra.



Ladera abancalada en San Vicente de Munilla.

Los bancales, tanto por las limitaciones inherentes a la técnica constructiva como por las características del medio (laderas pendientes y precipitaciones que pueden alcanzar cierta intensidad), son estructuras que precisan trabajos de mantenimiento para su conservación en buen estado. Por esta razón su construcción se acompañaba de tareas para dirigir las aguas de escorrentía fuera de los bancales y evitar la saturación del suelo y la caída de los muretes. Dos tareas se realizaban fundamentalmente: por un lado, las encaminadas a permeabilizar



Bancales al pie de Peña Isasa.

el bancale y el muro de contención y, por otro, la creación de una red de drenaje para expulsar las aguas sobrantes fuera del campo.

La permeabilización del bancale se conseguía con la propia técnica de construcción del muro al colocar las piedras sin argamasa. De este modo, el agua podía drenar a través de los intersticios entre las piedras de la pared. Para evitar que el muro se compactase e impermeabilizase rápidamente por la ocupación de los huecos entre las piedras por finos, el relleno interior del murete, sobre todo la parte baja, era de cantos de pequeño tamaño, que ejercían funciones de filtrado de las aguas subsuperficiales. Se evitaba, de este modo, el contacto directo de la tierra de cultivo con la pared de piedra, lo que habría limitado la vida útil del bancale.

Para conseguir que los campos de terrazas se conservaran era imprescindible evitar también la concentración de la escorrentía superficial y

Los bancales se construyeron para alimentar a la población con el cultivo de cereales

evacuar la subsuperficial: para drenar las aguas superficiales se diseñaban rellanos con un suave desnivel hacia un lateral (facilitando así la escorrentía hacia pequeños barrancos que evacuaban el agua de las laderas), mientras que en algunos bancales se construían canalillos dentro del campo. Lo habitual era que un canal artificial discurriese paralelo al murete para dirigir hacia el exterior el agua llegada por los intersticios de las piedras. Si la superficie del campo lo permitía se trazaban otros pequeños canales oblicuos a la disposición de los muros, con el fin de ir interceptando la posible escorrentía superficial y desviarla hacia los barrancos perpendiculares a los muros. La obra más



importante y menos frecuente era la construcción de una zanja perpendicular a los muros, coincidente con una suave vaguada en el interior del campo, que conectaba con el bancal inferior a través del murete. La parte inferior de la zanja se rellenaba con piedras, encima se colocaba una pequeña capa de matas y se terminaba de rellenar con suelo. La función de las piedras era facilitar la salida de las aguas subsuperficiales; las matas hacían de filtro para que los finos de los horizontes superiores del suelo tardasen en llegar más a las piedras y, por lo tanto, alargar la funcionalidad de la zanja.

Los bancales guardan los mejores y más potentes suelos de Cameros, pero son extremadamente frágiles frente al abandono. Mientras se cultivaron, los agricultores realizaron tareas de conservación para retener el suelo en las laderas y los muretes en pie; pero una vez que se dejan de cultivar corren graves riesgos de degradación. Sabido es que cuanto más complejo es un paisaje de origen humano y más esfuerzo se ha invertido en su construcción, mayor energía es necesaria para su conservación. Los bancales se dejaron de cultivar en la sierra riojana entre los años cincuenta y setenta del pasado siglo, y tras el abandono ha llegado la erosión de un suelo que con tanto empeño mantuvo el agricultor durante siglos. Hoy observamos muros caídos, pequeños o grandes abarrancamientos entre bancal y bancal y la reorganización ocasional de la red de drenaje, que pone en entredicho la conserva-



Muro de piedra de un bancal en Oliván (Valle del Jubera).

Los bancales guardan los mejores y más potentes suelos de Cameros, pero son extremadamente frágiles frente al abandono

ción de los bancales y la regulación hídrica de las laderas. Es lamentable también observar cómo muchos muros de bancales son desmantelados para construir o rehabilitar viviendas en los pueblos, quedando el suelo desprovisto de protección.

El cese del cultivo y la ausencia de pastoreo en muchas de las laderas abancaladas han cubierto las terrazas de matorrales más o menos densos. Matas de aliagas, estrepas, rosales, enebros, romeros y bujedos tapizan la superficie casi por completo. El matorral invasor tiene tales bríos anula los pastizales y borra los antiguos caminos, introduciendo así la desorganización en un espacio humanizado donde las exigencias

de la vida mantuvieron la vegetación a raya. El paisaje se ha hecho más natural y se encamina hacia una densa cubierta vegetal. De seguir así, en unos decenios, el paisaje será muy distinto del que han conocido generaciones del pasado y del que muchos de nosotros vimos tan sólo hace unas décadas.

UN PAISAJE DE AYER DE ALTO VALOR CULTURAL

Los bancales se construyeron para el cultivo permanente de las tierras, exigiendo medidas de conservación del suelo y cumpliendo funciones productivas y ambientales. Con el abandono desaparecen ambas funciones y parece impensable, en el momento actual, su recuperación masiva para el cultivo ya que su configuración y morfología dificultan el laboreo con maquinaria agrícola. A pesar de ello, los bancales mantienen un elevado interés: se incluyen entre los paisajes culturales más valorados del mundo mediterráneo. Su interés deriva de la técnica de construcción empleada, en la medida en que recupila el saber de los



Desprendimiento en un bancal de Dehesillas (Valle del Jubera).



agricultores plasmado en las laderas abancaladas durante siglos (milenios incluso en algunas montañas) y las habilidades sociales para organizar simultáneamente unos espacios con fines productivos y de conservación. Frente a la dureza de las condiciones climáticas, la altitud y la pendiente, el agricultor dio acertadas respuestas en el uso de los recursos y materiales disponibles. Los bancales constituyen un notable recurso cultural de los sistemas de cultivo en ladera: detrás de cada bancal, de cada murete, se esconde el saber hacer y conservar de muchas generaciones de agricultores.

A todo ello se añade la labor de información que aporta un paisaje de bancales, al igual que otros muchos paisajes rurales. En un paisaje se encuentran siempre retazos de épocas distintas, superpuestos y entremezclados. La fecha en que se abancaló una ladera informa de las necesidades de una sociedad en una época de la Historia. La localización de los diferentes

Los bancales mantienen un elevado interés: se incluyen entre los paisajes culturales más valorados del mundo mediterráneo

modelos de bancales (los más perfectos próximos siempre a los pueblos o en lugares propicios para cierta intensificación) manifiesta la discriminación espacial realizada por el hombre en función de la fertilidad del suelo y la accesibilidad. La existencia o ausencia de muretes nos anuncia las condiciones micro climáticas de cada enclave. En los muros y tapias podemos encontrar piezas de calidad contrastada, llenas de equilibrio en dimensión y proporciones, adaptadas al medio, ajustadas a las necesidades, bien diseñadas y mejor ejecutadas (de gran mérito si tenemos en cuenta los pocos medios y las dificultades de todo tipo inherentes a su época).





Así, pueden sacarse muchas enseñanzas de este paisaje rural del pasado. Con los muretes de piedra se perseguía aumentar la infiltración y disminuir la erosión. Pero los constructores, también usuarios por lo general, aprovecharon las propiedades intrínsecas de la piedra seca: retención de la humedad, aireación moderada pero continua, inercia térmica con mantenimiento de temperatura y avenamiento eficaz de los suelos. Una manera de construir que exigía un profundo conocimiento de las particularidades del terreno y de las posibilidades de la técnica de mampostería en seco o de piedra seca.

Las acequias para regar, unas veces, y para desviar el agua de escorrentía, en la mayor parte de los casos, muestran el interés del agricultor por incrementar la productividad y asegurar la conservación del suelo, pero además nos informan de la técnica y cultura del grupo que las construyó (en Cameros se diferencian las acequias de origen árabe y cristiano). En de-

finitiva, en el paisaje y en las infraestructuras asociadas se puede leer a la vez el entramado de hechos y fenómenos visibles y las relaciones funcionales que han existido entre ellos a lo largo del tiempo, por lo que constituyen un patrimonio cultural de un valor irrenunciable.

CONCLUSIÓN

En los bancales hay más enseñanzas. Ayudan a entender la vida de aquellas gentes, a través del rastro de olvido y destrucción que hoy podemos recorrer siguiendo las laderas cameranas. Nos informan de un modo de vivir, o quizás mejor de sobrevivir, con mucho trabajo y esfuerzo para tener un trozo de pan que llevarse a la boca. Nos empuja a bucear en la memoria de agricultores y pastores de esta tierra hermosa y dura donde las haya, para ofrecernos una muestra más de su manera de entender la vida y de sus relaciones con la naturaleza. Hoy los bancales están callados; los calló, como a tantas otras cosas, el progreso. Pero fueron todo un mundo que no debe caer en el olvido, para que no se olvide –al menos– que existieron y que fueron el centro del universo de nuestros antepasados.

PARA SABER MÁS

LASANTA MARTÍNEZ, T., *El paisaje de campos abandonados en Cameros Viejo* (Sistema Ibérico, La Rioja), Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2014.

ARNÁEZ, J.; LANA-RENAULT, N.; LASANTA, T. y RUIZ FLAÑO, P., “Los bancales en las montañas españolas: un paisaje abandonado y un recurso potencial”, *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* 63, 2013, pp. 301-322.



Ladera abancalada en Munilla.